

- ANTOLOGÍA POÉTICA DE VICENTE SABIDO (2Y3)
- APROXIMACIÓN CRÍTICA AL FENÓMENO MECANO (4Y5)
- 'RAY DONOVAN', EL NUEVO ÉXITO TELEVISIVO (7)

Año cero del genio

'La escoba del sistema', la primera novela de David Foster Wallace, que ahora se edita en España, anticipa las obsesiones de un autor de cuya muerte se han cumplido cinco años

LUIS M. ALONSO

El 12 de septiembre, hace cinco años, David Foster Wallace se suicidaba en su casa de Claremont, California. Era grande, era célebre y era desdichado. Tenía 46 años. Había publicado dos novelas (la tercera, *El rey pálido*, aparecería póstumamente en 2011), tres colecciones de relatos y un puñado de ensayos memorables. La palabra genial se empleaba a menudo para definir su trabajo; su escritura era señalada como hito ineludible de la creación posmoderna; se había ganado el respeto de sus mayores, la envidia de sus contemporáneos y la admiración de los escritores jóvenes. En su adiós dejaba un enorme capital de talento y un enorme capital de desconsuelo. Pocas veces una muerte concitaba con tanta unanimidad la impresión de que un autor con mucho que ofrecer se marchaba demasiado pronto. El hueco de la ausencia era proporcional al mérito de su dueño.

La carrera de semejante meteoro había comenzado sólo dos décadas antes, en 1987, cuando un muchacho de 25 años publicaba su primera novela, *La escoba del sistema*, una obra que el singular sistema académico norteamericano le había permitido desarrollar como culminación de sus estudios de Literatura Inglesa y de Filosofía. Algo así como si, en vez de redactar sendas tesis doctorales acerca del peso de la Historia en la narrativa de John Barth y de la influencia de Ludwig Wittgenstein en las corrientes intelectuales del siglo, Wallace hubiera decidido concretar sus intereses en un artefacto que contemplara los privilegios de dos mundos: el radicalmente libre de la literatura de ficción y el ferozmente inquisitivo del pensamiento filosófico.

Ha tenido que transcurrir, pues, más de un cuarto de siglo desde la edición original de *La escoba del sistema*, y además ha tenido que cerrarse la aventura vital de su creador, para que en España tengamos acceso a esta obra seminal, necesaria para entender el origen de las obsesiones, las preocupaciones y los intereses de uno de



La escoba del sistema

DAVID FOSTER WALLACE

Pálido Fuego
2013

los mayores escritores del cambio de milenio. Como un espejo de la obra por venir, caso de la legendaria *La broma infinita*, de los relatos de *Entrevistas breves con hombres repulsivos* o de los heterogéneos textos que componen *Hablemos de langostas*, en *La escoba del sistema* aparecen ya, anticipados con inusual madurez, buena parte de los lugares comunes que hacen de la obra de Wallace un itinerario personalísimo: la tecnología como religión del *Homo videns*, la indagación metanarrativa como postulado fuerte de toda poética, el amor como patología ineludible, la farmacopea como alivio y condena, y de fondo, latente, insoslayable, la convicción de que el mundo es un escenario extraño, cuya monstruosidad sólo la escritura alcanza a revelar. Expresado en forma aporética: "Al parecer no es en realidad como si una vida que se cuenta sea una vida no vivida; es sólo que vivir es contar, que no hay nada que me pase que no sea narrado o narrable, y si es así, ¿cuál es la diferencia, por qué vivimos?"

Wallace pertenece a una estirpe de escritores ante los que no es posible la indiferencia. De la ofensa al asombro, el espectro de respuestas que el lector experimenta ante sus textos lo emparenta no solo con Barthelme, Gaddis o Pynchon, *permafrost* que lo alimenta, sino con Sterne, Joyce o Nabokov, pruebas de que la literatura es una de las más bellas manifestaciones de la paradoja. Incluso cuando irrita, el regreso a Wallace se antoja inevitable, pues la expectativa de su talento es todopoderosa. Ya en sus orígenes, *La escoba del sistema* exprime las posibilidades del arte narrativo ante el milenio inminente y muestra las múltiples virtudes y el riesgo objetivo que encierra su literatura. Ese riesgo es la autocomplacencia, cierta tentación de malbaratar el genio. Porque leyen-

do hoy a aquel escritor de 25 años nos asalta una duda: ¿había algo que ese hombre no pudiera hacer, algún territorio entre las anfibiologías de la razón kantiana y la estupidez del *reality show* que no pudiera abordar? Esta pregunta por los límites esconde la evidencia de que Wallace era tan grande que corría el riesgo de ser tentado y devorado por su propia potencia. Parecer Wallace, en vez de ser Wallace. Por fortuna, esa tentación jamás le hizo claudicar. La lectura de *El rey pálido*, su novela inconclusa sobre la Hacienda americana, una extraordinaria investigación sobre uno de los temas contemporáneos por antonomasia (el tedio), prueba lo sugerido. Cuando la tristeza se lo llevó, su talento estaba en el cénit.

No parece sensato intentar explicar de qué trata *La escoba del sistema*. En su primer trabajo de ficción, Wallace había derogado ya toda posibilidad de ser resumido. Basta entregarse a estas páginas magnéticas, donde la literatura y sus beneficios (la risa, el desorden, la inteligencia) campan a sus anchas, para aceptar que aquí no hay red bajo los pies del lector. Hay que entregarse a lo que se nos ofrece con fe, con alegría y con la convicción de que el absurdo es una categoría experiencial tan importante como la dignidad. Los críticos pueden dedicar su vida a desentrañar qué secreto alienta ahí, pero como Steiner escribió un día a propósito de su oficio: "Al final es Pushkin quien escribe las cartas". A una edad en que la mayoría de escritores son niños balbuceantes, Wallace había encontrado ya el tono y los temas, el cómo y los qué. *La escoba del sistema* es, así, la mejor embajada para entregarse a la felicidad de leer a un gigante. Porque en su año cero Wallace ya era, de una vez y para siempre, el dueño del misterio.